

**M. I. Finley, *El mundo de Odiseo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995, 100 pp.**

Albert Ferrer Orts<sup>1</sup>

Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación

Entre las numerosas obras del historiador norteamericano Moses I. Finley (1912-1986), editadas mayoritariamente entre 1951 y el año de su fallecimiento, amén de las reediciones y traducciones que se han venido haciendo de algunos de sus títulos más conocidos, destaca sin duda la que se editó en 1954 con el título *The world of Odysseus*, publicada por vez primera en español en 1980 y de la que ahora nos ocupamos.

Finley (cuyo nombre completo era el de Mosses Israel Finkelstein) realizó sus estudios encaminados al Derecho en las universidades de Siracusa y Columbia, aunque su dedicación investigadora se inclinó por la Historia Antigua. Fue profesor en la Universidad de Columbia y en el City College of New York, donde recibió la influencia de los miembros en el exilio de la Escuela de Frankfurt.

En pleno auge del Macarthismo, Finley perdió su puesto de catedrático en la Universidad de Rutgers, siendo incluso interrogado sobre su pertenencia al Partido Comunista. Hecho que le hizo contemplar la posibilidad de mudarse a Inglaterra, donde fue docente de la Universidad de Cambridge impartiendo clases de

---

<sup>1</sup> Albert Ferrer Orts, Académico de la Facultad de Arte de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación. Contacto: albert.ferrer-orts@uv.es

Sociología Antigua, Historia Económica e Historia Antigua. Su labor fue reconocida por los grandes helenistas del momento: Jean Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet y, convertido en súbdito británico, llegó a ser miembro de la Academia Británica y distinguido como caballero y comandante de la Orden del Imperio Británico.

Su estudio más conocido, *La economía de la Antigüedad* (1973), fue precedido de *El mundo de Odiseo*, una obra muy original –como veremos- en la que aplicó los descubrimientos del antropólogo Marcel Mauss.

El libro que el autor dedica al protagonista de la *Odisea* homérica se divide en un prólogo a su edición española, una brevísima nota sobre su forma de citar, cinco capítulos: Homero y los griegos, Bardos y héroes, Riqueza y trabajo, El hogar, el parentesco y la comunidad, y Ética y valores; dos apéndices (Retorno al mundo de Odisea y La Troya de Schliemann: cien años después) y un ensayo bibliográfico en el que se condensan sus fuentes bibliográficas al detalle.

Lo primero que podemos decir del trabajo de Finley es que rezuma amenidad y, gracias a ella, el lector puede introducirse en los vericuetos por los que Homero hace pasar a Odiseo (Ulises) en su largo retorno a Ítaca, sin olvidarnos de la *Ilíada* y de la guerra de Troya. El hecho de que la complejidad de un mundo todavía desconocido en su integridad, como lo es el griego preclásico, se nos presente como accesible a pesar de todas las hipótesis que sobre él subyacen, es un mérito indudable del autor que, además de investigarlo, lo presenta con una claridad expositiva magistral.

Nos presenta, pues, en el primer capítulo (pp. 6-11), un análisis clarividente de quién pudo ser Homero (“... no era exclusivamente poeta; era un narrador de mitos y leyendas”, p. 9), de quien –por cierto- casi nada se sabe, del consiguiente comienzo de la literatura helena (y con ella de la europea) conjuntamente con

Hesíodo, probablemente nacida fuera de la Grecia continental entre los años 756 y 650 aC. Del sustrato que representan los pueblos anteriores al propiamente griego y de su escritura (el Lineal B), estudiada, como se sabe, a fondo y descifrada por Ventris y Chadwick y de la lengua griega (indoeuropea), surgida cuando adoptó el alfabeto fenicio, de origen semítico (entre los años 1000 y 750 aC). Así como de los medios de transmisión de la literatura clásica a través de los diversos soportes escritos (rollos de papiro y pergamino, fundamentalmente) y su diferente fortuna a través de la historia. De la fortuna de la *Iliada* y de la *Odisea*, en no pocos casos memorizadas y recitadas, en parte, de memoria. De los primeros detractores de Homero (veladamente Platón y abiertamente Jenófanes). De los mitos como “... cuentos simbólicos, alegorías, parábolas...” o “... ensoñaciones que transmitían complejos análisis y visiones interiores éticos y psicológicos” quizás inspiradas en “... una realidad viva, de la que se cree que sucedió alguna vez” (p. 10). De lo se entiende por Grecia en aquel momento y su papel de no nación, por lo tanto incapacitada para “... producir una mitología nacional coherente y unificada” (p. 11). Y, por último, del comienzo de la aventura griega con el mundo de *Odiseo*.

En el segundo capítulo (pp. 11-25), Finley se ocupa de la tradición narrada por los bardos (a quienes en absoluto les preocupaba la historia tal y como la entendemos hoy) y de la fábula de la decadencia y la caída del hombre, de origen iraní, recogida por Hesíodo en *Los trabajos y los días* con lo que se creaba una nueva edad en la historia entre las de oro, plata, bronce y hierro: la de los héroes, con sus genealogías y hazañas. Esta edad, “... tal como la entendía Homero, fue, pues, una época en que los hombres superaban a los patrones sucesivos de un grupo de cualidades específicas y severamente limitadas” y “...aquellas virtudes, aquellos valores y capacidades fueron compartidos por muchos hombres de aquel período, porque de otro modo no hubiera habido una edad distintiva de héroes entre la del

bronce y la del hierro” (p. 13). Lo que le hace conjeturar al investigador americano que “El problema serio para el historiador es el de determinar si en los poemas hay, y en qué extensión, algo que se relacione con la edad social e histórica...”, o sea “... hasta qué punto existía el mundo de Odisea solamente en la imaginación del poeta, y en qué medida existía fuera de ella, en el espacio y en el tiempo” (p. 13), ya que “La poesía heroica es siempre poesía oral; está compuesta oralmente, con frecuencia por bardos iletrados, y se recita cantando a un auditorio que la escucha” (p.13), pues “tanto la *Iliada* como la *Odisea* revelan en máxima medida todas las características esenciales de la poesía heroica no escrita de todo el mundo” (p. 14) y, con ellas, “la poesía heroica griega conquistó su gloria” (p. 14).

En este contexto, según Finley, “... el bardo... comenzó a ceder su puesto al rapsoda... y al escritor mercenario que preparaba versiones farragosas con escaso mérito literario” (pp. 14-15), lo que le hace sospechar con fundamento que “... la *Iliada* recibió aproximada, pero no exactamente, la forma en que ahora la tenemos, en el s. VIII aC, más probablemente en la segunda mitad del siglo que en la primera...”, y que “... Hesíodo floreció una generación después, poco más o menos, y que la *Odisea* fue compuesta a su vez una o dos generaciones después que Hesíodo” (p. 15). Por tanto, y atendiendo a la cronología, habría que considerar “... dos Homeros separados por un centenar de años...” (p. 15), atendiendo, además, que “Algunas de estas diferencias [de estilo] ya se habían comentado en la Antigüedad [caso de Plinio]” (p. 15).

Respecto a la geografía en que se desarrolla la acción de ambos poemas heroicos, Finley considera que “... la *Iliada* se orienta hacia el este, desde el punto ventajoso de Grecia; la *Odisea* por el contrario hacia el oeste” (p. 15), sin caer en la ingenuidad de pensar “... que los viajes de Odiseo puedan trazarse en un mapa” (p. 16). Insistiendo, como en el capítulo precedente, que ambos poemas “Se ocupan

de una era desaparecida, y su contenido es inequívocamente antiguo” (p. 16), así como dudando de que ambas piezas haya que atribuir las a un único autor “Cabe pensar que los bardos que dieron finalmente forma a la *Iliada* y a la *Odisea* lo hicieron por escrito. No obstante, la difusión de los dos poemas se realizó por vía oral. El mundo griego de los siglos VIII y VII aC era profundamente iletrado, a pesar de la introducción del alfabeto. De hecho, la literatura griega continuó siendo oral durante mucho tiempo” (p. 17).

Un aspecto interesante que trata Finley es el desconcierto que los poemas homéricos provocaba en los atenienses, cuyo papel queda sobremanera reducido en la trama. De hecho “Un estudio cuidadoso del dialecto de los poemas parece haber demostrado que hubo una revisión ateniense relativamente antigua (del siglo VI), de nuestros textos actuales de la *Iliada* y la *Odisea*”, pues “Hay razones para aceptar la tradición según la cual fue Pisístrato el padrino de aquella ‘edición’” (pp. 18-19), aunque concluye que “... la alteración es muy leve; en verdad, notablemente leve aparte de los cambios verbales que sólo tienen interés para el filólogo” (p. 19).

También incide el autor del libro en la celosa preservación y transmisión de los textos, llevadas a cabo por los homéricos (quizás ligados a Homero por parentesco y habitantes de la isla de Quío) hasta el s. IV a.C.

Seguidamente, Finley aborda la aventura de H. Schliemann y sus peripecias para descubrir Troya (actual Hissarlik), una ciudad que en su estrato VIIa, contemporáneo al relato homérico, se nos muestra como “... insignificante y miserable, sin tesoro, sin edificios grandes o importantes, sin nada que remotamente se parezca a un palacio” (p. 21), pues “... Homero y la arqueología difieren repentinamente...”, tal como lo hacen “... el mundo de los poemas y la sociedad revelada por las tablillas en Linel B” (p. 22); aunque reconoce que

“Podemos dar por seguro que hubo una guerra de Troya en los tiempos micénicos; más exactamente, que hubo varias guerras troyanas. La guerra era algo normal en aquel mundo”, pero “... no cabe pensar en una guerra de diez años, ni siquiera en una guerra de menor número de años” (p. 23).

Se comparan igualmente los contextos de los poemas homéricos con *La canción de Roldán*, ya que “Sus datos no corresponden a la época de que hablan, a las guerras y a los guerreros, a sus condiciones sociales y a su política” (pp. 23-24), para continuar afirmando que “El mundo de Odiseo no fue la edad micénica, anterior en cinco o seis o siete siglos, pero tampoco fue el mundo del siglo VIII o VII aC... no hay Jonia, no hay dorios de que hablar, no hay armas de hierro, no hay caballería en las escenas de batalla, no hay colonización, no hay mercaderes griegos, no hay comunidades sin reyes”, para concluir que “... los siglos más probables parecen ser el X y el IX” (p. 24), pues “El poeta transmitió sus materiales de fondo heredados con una precisión engañosamente fría” (p. 25).

En el tercer capítulo (pp. 25-37), Finley trata sobre la sociedad y de las cuestiones materiales que la caracterizaban; de los *aristoi* (nobles), los *drestes* (alguien que trabaja o sirve), los esclavos (*doulos*), los *thes* (inferiores al esclavo), e incluso de los extranjeros, y de sus vinculaciones con el *oikos* (compuesto por la familia y todo el personal de la casa solariega y sus bienes).

Aborda especialmente la necesidad de metal (hierro) que constreñía sus economías –quizás uno de los desencadenantes de la leyenda de la guerra de Troya-, así como del valor que se le daba al tesoro (*keimelion*), cuya función era primordialmente la de poseerlo y, llegado el caso, regalarlo; también del comercio, cuyo objeto no era la ganancia (terreno reservado en exclusiva a la guerra y el pillaje).

El cuarto capítulo (pp. 37-55) se centra en cuestiones relativas al *oikos*, la familia y la comunidad. Así trata cuestiones acerca del homicidio y las venganzas de sangre, de su pasión por las genealogías, de sus decisiones en el entorno del parentesco, del monarca y su *temenos* (interesante por lo que se refiere a las peripecias del propio Odiseo), de las asambleas, de la nobleza, de la guerra, del papel de la mujer (a través, por ejemplo, de Penélope) o del matrimonio –una cuestión patriarcal-, de la amistad, la hospitalidad (en el caso de los extranjeros por medio del *xenos*, como sustituto del parentesco) y la dependencia, del *demos* (sustituto a la postre de la monarquía y de la nobleza).

El quinto y último capítulo (pp. 56-74), dedicado a la ética y valores de aquella sociedad que todavía hoy nos es desconocida en muchos aspectos.

Dice Finley que “‘Guerrero’ y ‘héroe’ son sinónimos, y el tema principal de una cultura de guerreros está constituido sobre dos notas: valentía y honor. La primera es atributo esencial del héroe, el segundo es su objetivo principal” (p. 58), añadiendo que “Los dos personajes centrales de la *Ilíada*, Aquiles y Héctor, estaban destinados a vivir una vida corta, y los dos lo sabían... se rebelaban abiertamente contra su destino”, pero “... ante el llamamiento del honor, obedecieron el código del héroe sin titubeo ni discusión” (p. 58), pues “... nunca, ni en la *Ilíada* ni en la *Odisea*, hay una discusión racional” (p. 59).

Al respecto, y relacionando al héroe con la comunidad a la que pertenecía, el autor recalca que “... el honor del héroe era puramente individual, algo por lo cual vivía y luchaba por su propio valor como por sí mismo... El honor de una comunidad era una cualidad totalmente diferente... la comunidad sólo podía prosperar si domaba al héroe y ponía obstáculos al libre ejercicio de su valentía, y un héroe domesticado era una contradicción en sí mismo” (p. 60), contraponiéndolo con el mundo de Odiseo “... de fiera competencia, porque cada

héroe luchaba por sobrepasar a los otros. Y como los héroes eran guerreros, la competencia era más feroz donde se trataba de ganar el más alto honor, en combate individual en el campo de batalla” (p. 61), pues “... la victoria sin honor era inaceptable, no podía haber honor sin proclamación pública...” (p. 62). Era todavía un mundo egoísta, alejado del orgullo cívico que después anidaría en la civilización griega.

Además, los héroes, y con ellos la sociedad a la que pertenecían, se complacían tanto de dar como de recibir, pues su honor se transmitía a todos sus bienes materiales y el “Lazo entre el ceremonialismo y la satisfacción de deseos materiales se hallaba atado con mayor fuerza en los festejos interminables... Así como no podía haber acto ceremonial sin regalos, tampoco podía haber ninguno sin una fiesta” (p. 64), hasta el punto de que “Era como si la constante repetición de fiestas fuera algo necesario para la conservación del grupo, en el nivel del *oikos* o en el más amplio de clase, y asimismo para el establecimiento de relaciones pacíficas, más allá de las fronteras, con extranjeros y amigos por hospedaje” (p. 65); insistiendo, una vez más, en el papel secundario ejercido por las mujeres (consideradas inferiores, cuya función se limitaba a la reproducción y a ejecutar labores domésticas), pues además de que “... no tomaban parte en las fiestas... ni se idealizaba el estado social inferior de la mujer... Un hombre era hombre, padre, noble, capitán, rey, héroe, lingüísticamente casi nunca era marido” (p. 65).

También el tema de la sexualidad interesa a Finley, tanto la heterosexualidad como la homosexualidad, incidiendo en que “La pederastia era una práctica ampliamente aceptada en el mundo griego desde fecha muy temprana” (p. 66), así como de los enigmáticos papeles de Helena en la *Iliada* “... una adúltera en el sentido más completo”, como de Penélope en la *Odisea* quien ni siquiera “... estaba enteramente libre de sospechas y de elementos enigmáticos” (p.



67). Comparando el rol femenino con el Olimpo, donde "... los dioses eran indudablemente superiores a las diosas, consideradas colectivamente...", considerando que "La principal excepción a la regla era Atenea, y la cualidad significativa de Atenea, como diosa, era su ánimo varonil... Ni siquiera fue nacida de mujer, ya que surgió de la cabeza de Zeus: insulto a todo el género femenino, que Hera no perdonó nunca a su marido..." (p. 67).

Un elemento interesante de las reflexiones del historiador estadounidense es, sin duda, captar el primitivismo del antropomorfismo de la religión griega, pues "Dios fue creado a imagen del hombre con una habilidad y un genio que deben ponerse en la categoría de las más grandes proezas intelectuales del hombre. El conjunto de la sociedad heroica estaba reproducido en el Olimpo...", pues "Los dioses llegaban al poder en el Olimpo como los hombres llegaban al poder en Ítaca, Esparta o Troya, por medio de luchas y de herencia familiar" (p. 69) y "La humanización de los dioses fue un paso de asombrosa audacia... Después de crear a los dioses de esta suerte, el hombre homérico se decía a sí mismo semejante a los dioses", aunque "... jamás confundió Homero... entre el mortal y el inmortal" (p. 70).

Según Finley, "No cabe dudar que nos hallamos frente a una nueva creación, una revolución religiosa. No sabemos quién la realizó, si fue el poeta de la *Iliada* o algún bardo anterior...", ya que "Jamás, en la historia de las religiones conocidas, orientales u occidentales, hubo una nueva religión presentada de otro modo que de golpe" (p. 70), pues los dioses homéricos "... estaban desprovistos de cualquier cualidad ética. La ética del mundo de Odiseo estaba hecha por el hombre y sancionada por el hombre. Este se dirigía a los dioses para que lo ayudaran en sus múltiples actividades... No podía dirigirse a ellos para pedir una guía moral... Los dioses olímpicos no habían creado el mundo, y por tanto no eran responsables

de él" (p. 71), contra lo que protestaron una larga lista de filósofos, desde Jenófanes hasta Platón "... contra la indiferencia de los dioses homéricos en materia de moral" (p. 72).

Cabe incidir en que "Tampoco se temía respetuosamente a los dioses" (p. 72) y "... Zeus fue transformado de rey de una sociedad heroica en el principio de justicia cósmica" (p. 73).

Para Finley, es interesante "... que en la *Odisea* revivan de manera considerable muchos elementos de creencia más antiguos, que habían sido excluidos rigurosamente de la *Iliada*", pues fue Hesíodo "... quien organizó a los dioses individuales en una teogonía sistemática e hizo justicia al problema central de la existencia, tanto humana como divina. Desde Hesíodo, una línea recta conduce hasta Esquilo y los otros grandes poetas trágicos" (pp. 73-74). Y concluye que "En los siglos sucesivos se desplegó el milagro que fue Grecia. Al haber Homero convertido a los dioses en hombres, el hombre aprendió a conocerse a sí mismo" (p. 74).

Por lo que se refiere al primer apéndice (pp. 75-84), muy sugestivo en su inicio por la polémica suscitada con Bernard Berenson, y en la que Finley justifica sus procedimientos en base a tres puntos (su campo de acción, el reconocimiento de la grandeza insuperable en su género de la *Iliada* y la *Odisea* y, por último, el estudio de la lengua griega escrita y hablada desde la Grecia micénica hasta la helenística) para analizar "la ausencia total de `continuidades´ micénicas en ambas obras" (p. 76).

Así, continúa Finley, que "Un intrincado análisis interno de las fórmulas ha demostrado que ni Patroclo ni los pretendientes de la *Odisea* formaban parte de la tradición antigua" (p. 77), para proseguir, atendiendo los estudios del sociólogo francés M. Mauss, en la importancia de los regalos (como antes se ha insistido) en

aquella sociedad, hecho que “No puede ser producto de la imaginación o de la invención poética” (p. 77), tal como las flechas de Apolo han de ser entendidas como un “sinónimo poético del... bacilo de la peste bubónica” (p. 78). Sin olvidar por ello que “Homero no era un disco de gramófono ni una máquina Xerox. Hemos de tomar en cuenta la ignorancia del pasado remoto como posible factor para explicar las `omisiones`, y aunque ello complica las cosas, también hemos de considerar una mezcla de ignorancia y de conocimiento imperfecto...” (p. 78).

Insiste, Finley en determinados anacronismos que no se ajustan a la realidad del momento en que fueron concebidos dichos poemas, aunque sus fórmulas “... poseían la flexibilidad necesaria para disponer la sustancia a tono con los cambios en el mundo mismo, y al mismo tiempo, para evitar que tuviera una excesiva contemporaneidad”, hasta el punto de que “Hoy podemos decir con confianza que las fórmulas se perdían, eran reemplazadas, elaboradas...” (p. 79), por lo que “... por muy importante que fuese la verosimilitud en las narraciones entre el poeta y el público, resulta inútil como prueba para el historiador” (p. 80). Por lo que recuerda amargamente los esfuerzos baldíos continuados desde Schliemann “¡Qué campo tan yermo se ha estado arando!”, ya que “... las excavaciones realizadas en Hissarlik no han producido ni la más minúscula prueba en que apoyar los relatos” (p. 80).

Mantiene el escritor que “... lo que encontramos en los poemas es, o bien una ficción... o bien una mezcla de diferentes épocas” (p. 81), aunque si es cierto que “... muchos aspectos de la vida no cambiaron gran cosa del siglo X al VIII, o aun de la Edad de Bronce al siglo VIII” (p. 82). Ahondando en que “... es en los símiles donde encontramos el lado no heroico del mundo heroico” (p. 82) y que “... la organización social del mundo de Odisea era inadecuada para las tareas que... desempeñaban algunas *poleis* contemporáneas de Homero” (p. 83).

También defiende Finley que “Los poetas estaban claramente dominados por la creencia de que estaban describiendo una edad de oro perdida. Por tanto, amplificaban la escala tanto como podían, generalmente con muy poca precisión...”, con lo que se acentúa “... la debilidad del argumento arqueológico...” (p. 83) y adquiere consistencia la opinión “... que la arquitectura de los poemas recibió sus lineamientos básicos no en tiempos de Homero, sino en generaciones posteriores” (p. 84).

En cuanto al segundo apéndice (pp. 85-95), Finley profundiza en los últimos cien años de aventura arqueológica de Troya, y de su principal valedor, el alemán Schliemann. La legendaria ciudad jonía excavada en su totalidad entre los años 1932 y 1938, cuyos informes comenzaron a aparecer en 1950 y que, con ironía, compara de alguna manera con la mítica Camelot al hacerse eco, además, de las palabras de Tozer, la principal autoridad en geografía antigua “... quien dijo ‘un poco más de sentido crítico habría ahorrado bastantes esfuerzos’” (p. 87). Para abundar en el temperamento y personalidad de Schliemann, empeñado en relacionar históricamente los sucesos y personajes de la *Ilíada* con su Troya, a pesar de que Troya VIIa “... era un mísero poblado sin tesoro” (p. 88) destruido a fines del s. XIII aC, al que sin duda cabe reconocer como “... el padre de la arqueología prehistórica griega...” (p. 90).

Por consiguiente, el poeta o los poetas que llamamos Homero “... aparecieron al final de una larga tradición oral” (p. 90), que ni la *Ilíada* ni la *Odisea* eran libros de historia ni constituyen argumentos decisivos acerca de la “... historicidad esencial del relato de la guerra de Troya”, porque “... los méritos literarios no tienen importancia en materia de historicidad” (p. 90).

Los trabajos posteriores a Schliemann, como los de Blegen, confirmaron por el tiempo que nada podía relacionarse con los poemas. Hecho que mantuvo Meyer

y quedó sancionado por los estudios en la cerámica de Furumark y las valiosas apreciaciones de Chadwick, hasta el punto que, según Finley, “Nos encontramos en esta situación porque Homero no nos ofrece un marco, La guerra de Homero, la guerra de los poemas y de la tradición es un hecho intemporal que flota en un mundo sin tiempo... en un mundo sin marco” (p. 92). De hecho, concluye Finley, “Ni la guerra ni la propia Troya se mencionan en ningún documento de la época, en ningún idioma... hasta donde yo sé”, o sea que “Si la arqueología no puede confirmar tales ‘hechos’, por la misma razón tampoco puede falsificarlos...” (p. 94), o lo que es lo mismo “... la homérica guerra de Troya, diremos, debe ser eliminada de la historia de la Edad de Bronce griega” (p. 95).

Por último, remata el libro un ensayo bibliográfico (pp. 96-100), en el que desglosa y agrupa la bibliografía usada por el autor en una introducción; sobre Homero y la poesía de tradición oral; Homero, la guerra de Troya y la arqueología; las instituciones; la moral y los valores y, finalmente, un epílogo.

En suma, es un libro muy complejo pero, a la vez, extremadamente sugerente, por cuanto lo escribe un gran conocedor de los poemas homéricos y de la historia de Grecia, apoyado en una vasta bibliografía que sigue o contradice con ideas e investigaciones propias o de otros colegas, filólogos, sociólogos o arqueólogos de una forma tan atractiva como personal. Un estudio que desmonta todos los tópicos heredados y arrastrados casi mecánicamente desde el descubrimiento de Troya por Schliemann, proponiendo hipótesis lógicas de acuerdo con su acervo cultural.

**Para citar esta reseña:**

Ferrer Orts, Albert, "M. I. Finley, *El mundo de Odiseo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995", *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, Reseñas y Críticas, ISSN 0718-7246, vol. 11, Santiago, 2016, pp.76-89